

La ubicuidad de las humanidades

Aïcha Liviana Messina

Debo reconocer que la invitación a participar en este seminario me pareció sumamente desafiante, porque si bien mi área de estudio se inscribe en las humanidades, me di cuenta de que no puedo definir con precisión en qué consisten *las* humanidades. ¿Son las humanidades disciplinas o prácticas del conocimiento o artísticas que rehúsan el saber científico? ¿Son áreas de estudio o formas de divagar en el mundo? ¿Son formas de pensar ensayísticas que no apuntan necesariamente a resultados (que es lo que supuestamente esperamos de la producción científica)? Si es así, entonces lo que caracteriza a las humanidades es la libertad, el tanteo, el desvío. Las humanidades tendrían el lujo de rechazar la precisión y de formar, en nuestras instituciones educativas, una suerte de isla privilegiada en la que la investigación, sin desestimar su objetivo de abrir a un nuevo conocimiento, no está anclada a un resultado cuantificable. Un humanista no niega el conocimiento: lo presenta de otro modo, de tal manera que muchas veces el método, el camino que se abre con una

divagación, es de por sí una forma de conocer, una forma de recorrer los materiales de los cuales disponemos para pensar y crear. Filosofía, arte, historia, literatura, serían disciplinas apartes, disciplinas por cierto privilegiadas. Disciplinas que podrían darse el lujo de ser indisciplinadas. De ser así, tenemos suerte nosotras/os las/os humanistas: hacemos algo sin saber muy bien lo que es, que no remite a ninguna utilidad específica y vuelve lícito el ejercicio de divagar.

A esta idea de las humanidades pensadas en términos de gratuidad, e incluso de gozo, se agrega una advertencia política que venimos escuchando desde hace ya varias décadas, y que Martha Nussbaum se ha dado la tarea de intentar comprender en su libro *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Según Nussbaum —que centra su argumento en una lectura muy escolar de la figura de Sócrates—, si bien las humanidades son “inútiles” y, por tanto, “sin fines de lucro”, contribuyen a la formación de sujetos autónomos que pueden pensar por sí mismos. Tienen, entonces, una dimensión “cívica”, razón por la cual las humanidades serían inútiles en términos económicos, pero útiles desde una perspectiva política. En otras palabras, aunque las humanidades no produzcan empleos, sin ellas nos arriesgamos a hundirnos en un mundo deshumanizado, volcado solamente a la ganancia, a la necesidad.

Esta forma de pensar es común, y debo decir que ha sido la mía, hasta que recibí la invitación a reflexionar más profundamente sobre las humanidades. En efecto, el argumento de Nussbaum se condice con la idea de que lo que caracteriza a las humanidades es una cierta “gratuidad”, mientras que otras disciplinas, como las disciplinas científicas, por ejemplo, orientarían sus investigaciones en función de necesidades económicas, sociales y políticas. En la visión de Nussbaum, que por cierto no destaca por su originalidad, nuestro mundo está cada

vez más volcado a la productividad, dejando cada vez menos espacio a las humanidades. Antes de esta “crisis de las humanidades”, que según Nussbaum sería “silenciosa” —es decir, no percibida como un problema político de primer orden—, lo que está principalmente en riesgo no es tanto el goce que producen las humanidades (el placer de perderse, de divagar), sino lo que nos constituye como animales políticos, a saber, una forma de ejercer la ciudadanía, una que implica la capacidad de pensar por nosotros mismos y de cuestionar a las autoridades. Nussbaum no lo dice explícitamente, pero si nos confinamos en el ámbito de lo económico, en el mundo de la productividad y de los resultados, nos reducimos a una vida meramente animal, a una vida que no apunta a más que a lo que la sustenta. Esto siempre que definamos lo animal como aquello que está confinado al ámbito de la necesidad, mientras que lo humano, además de producir bienes de consumo, produce también bienes culturales.

A pesar de que el argumento de Nussbaum no me resulta completamente ajeno, me parece problemático por dos razones correlacionadas.

Mi primera crítica apunta a la estricta división planteada por Nussbaum cuando distingue, por un lado, las disciplinas que responden a las necesidades básicas o que participan de exigencias económicas o políticas medibles, y, por otro lado, las disciplinas que exceden el ámbito de las necesidades, es decir, las que permiten producirnos como humanos, las que nos permitirían pensar y, según especifica Nussbaum, cuestionar a las autoridades. Esta línea de demarcación me parece problemática, ya que remite a un dualismo que permanece incuestionado en su discurso. En efecto, ¿no hay acaso algo humanístico en las matemáticas y en general en las ciencias? Y asimismo, ¿no hay acaso algo matemático en la fantasía? ¿Podríamos mirar el cielo sin fantasear con el cielo? ¿Podríamos fantasear sin tomar

conciencia de lo que nos distancia del cielo? No existirían los números, y por ende la matemática, sin la capacidad de abstracción que es dada por la imaginación; a su vez, la matemática, su forma de relacionarnos con lo infinito, constituye o al menos alimenta nuestra imaginación. Hacer una separación estricta entre las humanidades y las ciencias me parece problemático desde un punto de vista teórico, ya que las unas no son pensables sin las otras, pero también me parece problemático desde un punto de vista político.

Pensemos, por ejemplo, en el tema del calentamiento climático, que es hoy día una preocupación política central, y que al menos en una primera instancia parece proceder de una predicción científica. Si las múltiples evidencias que tenemos acerca del calentamiento climático nos han dejado —y nos siguen dejando— insensibles, es porque remiten a algo de lo cual no tenemos representación o imaginación. A través de la ciencia podemos hacer predicciones respecto de los cambios de temperatura, de sus impactos económicos y geológicos, pero de estos saberes no resulta necesariamente que podamos imaginarnos acalorados. La generación que desde hace ya más de una década ha levantado la alerta acerca del cambio climático me ha parecido, en este sentido, una generación producto de este debilitamiento de las humanidades en favor de la ciencia, una que calcula pero no imagina, una que determina incluso su deseo o no deseo de natalidad en función del impacto ecológico que puede tener cada nuevo nacimiento y que rechaza el Acontecimiento que significa traer a alguien al mundo.

Pero este razonamiento —que por mucho tiempo ha sido el mío— opera desde este dualismo que pretende establecer una brecha irreconciliable entre las humanidades y las ciencias. En realidad, no solo la ciencia no puede funcionar sin la imaginación, sino que estos cálculos científicos y el lugar político

que ocupan nos relacionan con algo inimaginable. Es porque estamos constantemente imaginando el futuro que la ciencia avanza, elabora hipótesis, las corrobora; es porque las distintas disciplinas (ciencias) nos permiten imaginar un mundo, que determinamos impactos distintos, es decir, sintetizamos, correlacionamos un saber con otro. A riesgo de vulgarizar a Kant, me atrevería a decir que no podemos entender nada sin imaginación. En la medida en que las humanidades rehúsan el cálculo, no son medibles ni tangibles, están en la raíz de toda comprensión. No avanzamos en el saber sin contarnos una historia. Es más, mientras es gracias a la imaginación que calculamos, nos preocupamos del impacto futuro de nuestros gastos presentes, la ciencia, a fuerza de cálculo, de saber, nos remite al no saber, a lo que está absolutamente fuera de todo cálculo, de toda predicción. Como escribe Juan Manuel Garrido en *Producción de conocimiento en la universidad*, lo desconocido emerge de la producción de conocimiento.

Para volver al ejemplo anterior, quizás podemos predecir cuál será la temperatura en 20 años, pero no de qué manera la enfrentaremos, asimilaremos, viviremos. Si las humanidades indagan, entre otras cosas, en lo inimaginable, este impensable o inimaginable no es completamente ajeno a la ciencia. Al contrario, la ciencia, la producción de conocimiento, es lo que abre el camino a lo que está más allá de todo conocimiento. No hay, por tanto, una división estricta entre las humanidades y las ciencias, entre lo calculable y lo incalculable. Quienes se preocuparon ayer y hoy por los temas relativos al cambio climático no son tan inmanentes a las determinaciones científicas como yo pensaba; al revés, están abiertos al carácter absolutamente desconocido del futuro. La juventud que llama a cambiar nuestros hábitos de consumo, por contradictoria que sea a ratos, nos emplaza a situarnos en un mundo inimaginable, a desearlo, a exceder lo

conocido, es decir, a divagar, a palpar y oler lo que constituye la materia de las humanidades.

Decía antes que el razonamiento de Nussbaum me parecía problemático por dos razones correlacionadas. La primera es la estricta separación que hace entre las humanidades y las disciplinas científicas, las que estarían correlacionadas a la búsqueda de un resultado, uno que sea útil para la sociedad. ¿Existirían las humanidades sin una sociedad que produce sus condiciones de producción? ¿Podemos separar las condiciones materiales de producción de una sociedad de su imaginario cultural? Además del dualismo en el cual se basa su argumento, lo que me parece problemático en el libro de Nussbaum es que hace como si la respuesta que propone no fuera parte del problema, del “mal” que analiza. En efecto, si las humanidades ocupan un lugar cada vez menos preponderante, ¿es simplemente porque hoy día se valora más la productividad que lo humanístico o porque está cambiando totalmente la forma en la que las sociedades se producen, las instituciones se sustentan, los saberes circulan, los conocimientos se validan? El diagnóstico que hace Nussbaum, a saber, que en las instituciones destinadas a la educación, a la investigación y a la producción de conocimientos se privilegian las materias científicas por sobre las materias así llamadas “humanistas” me parece acertado, pero la respuesta que Nussbaum aporta supone que las humanidades podrían existir fuera del mundo que las hace posible y que los problemas del mundo contemporáneo pueden ser subsanados con los medios de un mundo que tal vez ya no es el nuestro. De hecho, en la propuesta de Nussbaum, las humanidades pensadas inicialmente en términos de inutilidad, “sin fines de lucro”, pasan a ser una suerte de remedio para un mundo enfermo, el suplemento del alma para una democracia agonizante. Ya no son disciplinas libres y formas gozosas de relacionarse con el arte y con la cultura, sino

tratamientos paliativos para una sociedad que ha —o habría— perdido su sentido. Ya no son un fin en sí mismo —uno que, como leemos en la última página de *Una historia posible*, de Manuel Vicuña, revela la ausencia de sentido del ser humano y de su búsqueda—, sino un medio, uno que finalmente debe proveer sentido, el sentido de nuestro ser político y de nuestro mundo abandonado al imperio de la productividad. En la propuesta de Nussbaum, la función otorgada a las humanidades no es menor. Se trata realmente de un suplemento del alma. ¡Sin las humanidades estamos perdidos! Pero con ellas, me temo, no estoy segura de que estemos a salvo.

Mi punto es entonces metodológico. Nussbaum aborda la crisis de las humanidades como si fuera un problema contingente y como si ella misma fuera externa al mundo que analiza y diagnostica, es decir, que toma como un objeto, reduciéndolo a un cuerpo enfermo que debemos sanar. De alguna manera, analiza los problemas del siglo actual, uno que ha sido enteramente transformado por la globalización y la tecnología, con las categorías de los siglos XVIII y XIX, unas que se sostenían en una idea distinta de humanidad, de progreso, de sentido, y cuyo lenguaje fue inseparable de la revolución no tecnológica sino industrial.

¿Significa esto que hay que abandonar toda idea de cambio y reflexión sobre las humanidades, para entregarse de forma muda y pasiva a lo que ya no es un cambio histórico, sino una mutación que nos deja sin categorías ni paradigmas e, incluso, sin perspectivas humanas? Pues preguntarse por las humanidades en un mundo en el que la inteligencia artificial supera el entendimiento humano y puede substituir a los seres humanos incluso en las tareas que requieren reflexión, creación y decisión, hace de la reflexión sobre las humanidades algo parecido a las vanitas del siglo XVII. La diferencia es que si bien las vanitas

de la pintura holandesa expresaban de forma aún humana el carácter vano, sin valor de la vida humana, el desarrollo de la inteligencia artificial nos enfrenta a una expresión ya no humana de esta vanidad. En el contexto actual, ya no sería el ser humano el que puede decir “el hombre ha muerto”, como lo hizo Foucault cuando sostuvo que el hombre es una construcción contingente, sino su creación, la máquina que, al superar la inteligencia de su creador, puede enfrentarlo a su fin.

Lejos de abandonarme a este fatalismo, me gustaría proponer algunas ideas para enfocar el tema de las humanidades de otra manera, es decir, sin remitir a este esquema metafísico que considera a las humanidades de forma independiente a lo que posibilita la producción de la vida en general.

En primer lugar, volviendo a mi idea inicial, pienso que las humanidades no están en crisis, sino que están en otro lugar, uno que no es localizable, porque es *ubicuo*. Ninguna ciencia puede operar sin arte, sin imaginación, tal vez incluso sin una cierta esperanza, algo que va más allá de lo esperable, de las expectativas que otorga el conocimiento científico. La reflexión sobre la inteligencia artificial muestra de manera muy evidente que para pensar algo que ha sido inicialmente concebido como un objeto científico, necesitamos la ficción. En la medida en que la inteligencia artificial supera el entendimiento humano, para pensar sus consecuencias en un mundo futuro, pero cercano, tenemos que imaginarlas.

En segundo lugar, pienso que lo que hoy en día aparece como una amenaza de superación o destrucción del ser humano, llama también a tomar conciencia de una nueva forma de la finitud humana. Paradójicamente, los rasgos humanos que toma a veces la inteligencia artificial, a través del uso del lenguaje o de robots hechos a imagen y semejanza del ser humano, y los rasgos cuasi-inhumanos (en el sentido de que bloquea el transcurrir del

tiempo) que adoptan a veces los seres humanos a través de la cirugía plástica, del uso tan autocentrado de la propia imagen en las redes sociales o de determinadas estéticas que buscan borrar rasgos de finitud, no conducen necesariamente hacia lo poshumano, sino a nuevas experiencias especulares, a nuevas formas de encontrarse con la propia finitud, con la fragilidad de la “esencia humana”. La tecnología no remite solo a una falta de naturaleza humana; también apela al hecho de que lo humano es una búsqueda infinita, inconclusa. Como dice Levinas, lo humano no puede ser superado, porque aún no ha iniciado. El lema foucaultiano, tan poco comprendido, que sostiene “el hombre ha muerto”, podría prefigurar el fin del humanismo y, por consiguiente, de las humanidades. Pero esta muerte del hombre siempre se plantea desde una perspectiva “humana”. En vez de pensar inhumanamente en el fin del hombre (lo cual es además teóricamente engañoso), hemos de pensar nuevas formas de relacionarnos con la finitud. En este sentido, las humanidades no se basan en una idea segura de lo que sería la humanidad; con ellas tanteamos la fragilidad de lo que significa “ser hombre” o “ser humano”.

En tercer lugar, y para seguir con el hilo de las ideas planteadas anteriormente, me parece que la reflexión sobre las humanidades debe salir o exceder el purismo en el cual alguno/as las confinan. Nuevamente tomaré el ejemplo de la inteligencia artificial. Que una inteligencia no humana pueda escribir no remite al problema de saber si lo que escribe es o no arte, sino en qué medida esta escritura modifica mi relación con la escritura; en qué medida la proliferación de lenguajes posibles transforma mi propia constitución en cuanto sujeto heredero de un lenguaje. Lo que nos hace “humanos” es nuestra condición criatural, es decir, el hecho de que algo antecede al yo. Ser criatura significa pensarse desde el nacimiento y no desde la mera autonomía de

la razón. Nuestra condición de ser pensante se la debemos al hecho de que recibimos un idioma, un nombre; al hecho de que para sentir he tenido que ser sentido, tocado, nutrido. La autonomía de la razón que atribuimos al ser humano es impensable sin esta matriz sensible que nos ancla a un pasado y que, por lo tanto, nos da un futuro. Ahora bien, nuestra condición de criatura afectada por la alteridad se incrementa con la forma con la cual recibimos señales emitidas por la inteligencia artificial. Que ella sea insensible me parece menos interesante que el hecho de que nos pueda hacer más sensibles, menos encerrados en estas capas de durezas que tarde o temprano se quiebran.

En cuarto lugar, a diferencia de Nussbaum, que afirma no solo que las humanidades están en crisis, sino que esta crisis es silenciosa, que nadie habla de ella, no me parece que nos encontremos ante una crisis silenciada, sino más bien ante cambios, quizás mutaciones —aunque no estoy segura si puedo utilizar esta palabra por todas las consecuencias que implica— que exigen un cierto silencio, justamente porque el lenguaje del que disponemos para pensar remite a un mundo de sentido que no permite enfocar los cambios tan profundos en los cuales estamos implicados. Pero si Nussbaum se fija bien, lo que hace Sócrates en los distintos diálogos compuestos por Platón no es hablar y dar la palabra para que cada cual piense por sí mismo, desafíe las autoridades y acceda así a su condición de ciudadano. Nussbaum instrumentaliza de antemano la figura de Sócrates, la remite a una utilidad, a un sentido. Pierde su fuerza “humanística”, si es que algo así existe. Sócrates, como dice Kierkegaard, es pura ironía: solo comunica silencio, desamparo, errancia. Esto no otorga sentido a una democracia enferma; es como si nuestra tarea, en cuanto humanistas gozosos, consistiera en sanar las deficiencias del mundo. Quizás nos encariña con el silencio del sentido o con lo que exige otra forma de atención, otro tipo de

presencia. Las humanidades son como un soplo, algo evanescente, algo que también requiere mucho trabajo, precisamente porque no sabemos lo que son y no podemos tener la expectativa de que tengan un sentido. Pero si no están en ningún lado tan fácilmente delimitable, es porque están en todos lados: tanto en la producción artística como en la producción científica, es decir, en nuestra posibilidad de observar la naturaleza y en la forma en la cual nos transforma la tecnología. Lo que hoy posibilita este mundo, sin duda difícil, pero no necesariamente enfermo, son los encuentros, las esperanzas no programadas. En el espacio universitario me parece que esta ubicuidad de las humanidades se halla en lo que llamamos interdisciplinariedad. Esta forma de trabajar no ensambla ni añade disciplinas. Nos hace conscientes de que lo que está entre todos nosotros es la imaginación, el silencio de un mundo que no revela su sentido, pero que justamente por eso es una tarea por hacer.